

Preguntas de Reflexión

- ¿De qué formas tu adicción al sexo te ha dejado espiritual o emocionalmente “medio muerto(a)”?
- ¿Quién te ha ayudado a poner aceite y vino en tus heridas, y cómo impactó eso en tu sanación?
- ¿Cómo se te invita hoy a tener esa misma misericordia hacia alguien más en necesidad de recuperación?

Bienvenido a Católicos en Recuperación

Estamos agradecidos de que seas parte de nuestra comunidad y te animamos a que sigas regresando

- Visita catholicinrecovery.com para ver una lista completa de reuniones disponibles, recursos de recuperación e información sobre cómo comenzar
- Te pedimos paciencia mientras traducimos más recursos y materiales al español
- Ten la seguridad de que tu participación y presencia en estas reuniones se mantendrán confidenciales.
- ¡Eres digno de libertad, una vida nueva y recuperación!

Lecturas Dominicales

Primera Lectura: Deuteronomio 30:10-14

Salmo Responsorial: Salmo 69:14, 17, 30-31, 33-34, 36, 37

Segunda Lectura: Colosenses 1:15-20

Evangelio: Lucas 10:25-37

Decimoquinto Domingo del Tiempo Ordinario



El sendero de la adicción al sexo deja cicatrices profundas. Nos roba la conexión con otros, con nosotros mismos y con Dios. La búsqueda de gratificación inmediata destruye nuestra capacidad de sentir intimidad real. Con el tiempo, perdemos de vista quiénes somos. Lo que parecía reconfortante se vuelve una trampa, dejándonos aislados, avergonzados y espiritualmente vacíos. Como el hombre del Evangelio, muchas veces nos encontramos medio muertos a la orilla del camino, dudando si alguien vendrá a ayudarnos.

En la lectura de este domingo, le preguntan a Jesús qué debe hacerse para ganar la Vida Eterna. La respuesta, conocida pero exigente, es un amor total hacia Dios y el prójimo. El Evangelio dice (Lucas 10:27-28):

*“Amarás al Señor tu Dios,
con todo tu corazón,
y con toda tu alma,
y con todas tus fuerzas,
y con toda tu mente,
y a tu prójimo como a ti mismo.”
[Jesús] le dijo, “Has respondido bien;
haz esto y vivirás.”*

Muchos hemos oído este versículo, pero desde la adicción, parece inalcanzable. Nuestros corazones están divididos, nuestra fuerza agotada y nuestras mentes atrapadas en obsesión y vergüenza. ¿Cómo amar a Dios y al prójimo si ni siquiera sabemos cómo vivir con honestidad?

Jesús narra entonces la parábola del Buen Samaritano (Lucas 10:30-37):

*“Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó
y cayó en manos de unos salteadores que,
lo desnudaron, lo golpearon y lo dejaron medio muerto.
Bajaba casualmente por el mismo camino un sacerdote,
y, al verlo, pasó de largo.
Igualmente, un levita llegó cerca de aquel lugar;
y, al verlo, también pasó de largo.
Pero un samaritano que iba de viaje se llegó hasta él,
y, al verlo, se llenó de compasión.
Se acercó y le vendó las heridas echando en ellas aceite y
vino.
Lo montó en su propia cabalgadura,
lo condujo a la posada y él mismo lo cuidó.
Al día siguiente, sacando dos denarios,
se los dio al posadero y le dijo:
‘Cuida de él, y lo que gastes de más
te lo daré a mi vuelta.’
¿Cuál de estos tres te parece que fue el prójimo
del que cayó en manos de los salteadores?
Él le contestó “El que tuvo misericordia con él.”
Jesús le dijo, “Anda, pues, y haz tú lo mismo.”*

Esta es nuestra historia. Hemos sido ese hombre -golpeados por el pecado, rechazados, preguntándonos si alguien nos verá. La adicción nos hace sentir indignos e incapaces de cambiar. Pero alguien aparece: un padrino, un consejero, alguien en recuperación. Alguien que ya ha pasado por ahí y nos mira con misericordia.

Esa misericordia es el corazón de la recuperación. El vino y el aceite representan el toque de Cristo en los Sacramentos, en la comunidad y en la gracia que recibimos al vivir con honestidad. Poco a poco, mediante la confesión, la rendición de cuentas y la vida espiritual, nuestras heridas sanan. Descubrimos que no estamos solos, ni fuera del alcance del amor de Dios.

Muchas veces, la sanación profunda ocurre cuando estamos dispuestos a hacer por otros lo que alguien hizo por nosotros. Jesús dice: “anda y haz tú lo mismo”. No se trata de arreglar a otros, sino de acompañarlos. Cuando alguien nuevo llega a la recuperación, lleno de vergüenza o temor, podemos recibirlo con la misma compasión que se nos dio.

También debemos cuidarnos de no tomar el lugar del sacerdote o el levita -evadiendo nuestro propio dolor o pretendiendo que no lo tenemos. El camino de recuperación de la lujuria es de humildad. Servimos mejor desde nuestra necesidad de Dios y de comunidad. Recuperarse no es llegar, es caminar acompañados.

El samaritano no sanó al instante al hombre; se comprometió a cuidarlo y confiar en otros para continuar la ayuda. Así también nosotros, en este camino, estamos llamados a recibir y compartir la gracia que sana.